

y de un numeroso grupo de granaderos. Abierta la puerta del salon, Bourdon señaló al gendarme que le acompañaba á Robespierre, que estaba sentado junto á una mesa, y un certero disparo de la pistola de Meda atravesó la mejilla de aquel, destrozándole la mandíbula. En el mismo momento en que sonó el tiro, los granaderos penetraron en el salon para apoderarse de todos cuantos en él se encontraban con vida. Lebas se refugió en un salon contiguo, en el cual tenia sus armas la comision ejecutiva, y con una de las pistolas que allí habia, se disparó un tiro en la cabeza. Agustín Robespierre se arrojó por una ventana, y fué detenido en el último peldaño de la escalera principal, cubierto de sangre pero vivo todavía. El débil Couthon, contra el cual habia disparado tambien Meda sin tocarle, se cayó en una de las escaleras, causándose una grave herida en la cabeza. Henriot fué encontrado muchas horas despues en un pequeño patio del edificio, cubierto de heridas. Unicamente Saint-Just fué cogido sano y salvo.

Apenas realizado este golpe de mano, dirigióse Bourdon apresuradamente á la Convencion, que le saludó con entusiasmo y á la cual dijo: «Estos valientes gendarmes que aquí veis no me han abandonado y han dado muerte á dos de los conspiradores: pido que el presidente dé el beso fraternal á este bravo gendarme.» El presidente accedió á este deseo en

Robespierre no podia pensar en suicidarse en un momento en que todo iba tan bien, que se habia por fin decidido á firmar la proclama en que excitaba á la seccion de las picas á rebelarse contra la Convencion; 2.º: para decidirle á tomar tan desesperada resolucion, era por lo menos preciso que la invasion de la «thorda convencional» hubiera precedido al pistoletazo, lo cual no fué así, como lo prueba Hamel, tomándolo de la obra no impresa todavía: *Rapport des employés au secretariat. (Piece de la collection Bouchot)*; 3.º: los caracteres que segun declaracion de los médicos ofrecia la herida de Robespierre. En la «Relacion de los oficiales de sanidad sobre la curacion de las heridas de Robespierre el mayor», *Hist. parl.*, XXXIV, pág. 91, se dice que la direccion del tiro era oblicua de fuera á dentro, y de izquierda á derecha, y de arriba abajo; y con razon pregunta Hamel: «¿Puede concebirse que un hombre que quisiera suicidarse se disparase un pistoletazo de izquierda á derecha y de arriba abajo? Esto es sencillamente imposible, mientras que, por el contrario, el golpe puede explicarse naturalmente por la posicion del asesino disparando de pié sobre Maximiliano, que estaba sentado y presentaba su perfil á la izquierda.»

medio de estrepitosos aplausos y perpetuó el nombre de aquel distinguido jóven, por haber acordado la Convencion que con las alabanzas debidas fuese consignado en el acta (1); además se acordó recomendarle para una recompensa á la comision de Salvacion pública. Los dos Robespierre, Saint-Just y Couthon, juntamente con Henriot, Dumas, Payan, Vivier, el zapatero Simon, el alcalde Lescot-Fleuriot y otros muchos proscritos, en total veintiuno (2), fueron llevados el dia 10 thermidor ante el tribunal revolucionario, y despues de probada su identidad conducidos sin mas procedimiento, por ser proscritos, á la guillotina. Igual suerte sufrieron al siguiente dia otros setenta y al otro doce individuos de la conspiracion de la *Commune*. El dia 14 thermidor (1.º de agosto de 1794) la Convencion quitó toda fuerza legal á la ley del 22 prairial, decretó una nueva organizacion para el tribunal revolucionario, y suspendió temporalmente las sesiones de este tribunal.

(1) Así se hizo. En el extracto del acta de la Convencion nacional, 9 y 10 thermidor (Lescure: *Bibliothèque*, XXIX, págs. 339-340), se le menciona por tres distintas veces y merece notarse que en aquella ocasion se le devolvió una pistola que habia sido hallada en las Casas Consistoriales. A pesar de que el presidente le denominó Meda, en el acta se escribió Meda. La recompensa consistió en otorgarle una plaza de subteniente en el quinto regimiento de cazadores de á caballo, que el agraciado consideró como un insulto al servicio prestado. El hecho habia sido muy agradable á los thermidorianos; pero el que lo habia realizado les molestaba tanto, que propalaron la fábula de que Robespierre se habia suicidado, fábula que, prescindiendo de toda otra consideracion, aparece imposible con solo tener en cuenta la direccion de la herida, de izquierda á derecha y de arriba abajo. Lescure dice con razon: «Les repugnaba confesar que Meda, inspirado, instado ó por lo menos guiado por ellos, habia ejecutado sumariamente á Robespierre; y que esta precipitacion odiosa para anticiparse á un proceso, á una sentencia, á una explosion, procedía del temor de que Robespierre hiciera revelaciones que pudieran comprometerles. En fin, era desagradable para su amor propio hacer constar que no eran ellos los primeros en haber llegado á las Casas Consistoriales, que no habian arrojado el peligro, las contingencias del primer choque, y que se habian dejado tomar la delantera por un subalterno, á quien el hecho de haber dado muerte á Robespierre elevaba á la categoria de autor principal y decisivo del drama.» *Bibliothèque des Mém.*, XXIX, Introduccion, pág. 38.

(2) Campardon: *Le tribunal révolutionnaire*, I, pág. 426.

## LIBRO CUARTO

### GUERRAS REVOLUCIONARIAS Y DICTADURA MILITAR

#### CAPITULO PRIMERO

##### EL GENERAL BUONAPARTE

Desde el año 1347, es decir, por espacio de cerca de cuatro siglos, la república de Génova habia hecho sentir á la isla de Córcega todo el peso opresor que los pueblos mercantiles suelen imponer á los países que explotan; pero en 1729 el pueblo en masa de toda la isla empuñó por vez primera las armas para rechazar los impuestos arbitrarios y conseguir que los corsos fuesen admitidos á los cargos políticos, militares y eclesiásticos, de los cuales estaban absolutamente excluidos. En la lucha, que desde entonces no cesó un momento, tuvieron los corsos un héroe nacional que atrajo sobre sí y sobre su causa la admiracion de la Europa entera: tal fué Pascual Paoli, que en 1755 fué reconocido por todos como general en jefe. Era este un hombre corpulento como los hunos, de bella y varonil fisonomía, y estaba dotado de todas las cualidades que pueden arrastrar y entusiasmar á gentes semi salvajes. Sus discursos tenian un poder mágico; era un hombre de Estado prudente y previsor, y un guerrero sin temor y sin mancha. Los genoveses al verse apurados demandaron la ayuda de los franceses, ayuda que obtuvieron, aunque les costó la pérdida de la isla. En virtud de un tratado que con la república de Génova firmó el duque de Choiseul en 7 de agosto de 1764, las fortalezas de San Florencio, de Calvi y de Ajaccio quedaron por espacio de cuatro años en poder de los franceses; y el estado de cosas que entonces se creó fué tan incómodo para los genoveses, que se dieron por muy satisfechos cuando en 1768 el duque de Choiseul les propuso un nuevo tratado, por el cual la Francia se obligaba á dominar la isla con la fuerza de las armas y á conservarla en su poder hasta que Génova hubiese pagado á los franceses los gastos de la guerra. Este tratado, firmado el dia 15 de mayo, velaba la cesion de la isla á Francia de un modo tal que los genoveses, por un lado, no tenian que sufrir una humillacion pública, y por otra parte quedaban acallados los recelos de las potencias marítimas Inglaterra y Holanda. En el mismo dia 22 de mayo de 1768, fecha en que los franceses, recientemente desembarcados en Ajaccio, izaron allí el pabellon francés, una gran consulta celebrada por los corsos en Corte acordó declarar la guerra á la Francia. Esta lucha terminó con su completa derrota. El general de Vaux invadió con treinta mil hombres (1769) todos los puertos de la isla y ordenó luego que las tropas se dirigieran al interior por tres distintos caminos. Luego que el cuerpo de ejército que él mandaba se hubo reunido en Corte con

los otros dos, desapareció toda resistencia seria y los habitantes que á su paso encontraron los franceses al avanzar hácia el sur de la isla, no fueron ya combatientes, sino fugitivos que solo pensaban en su salvacion (1). Entre ellos estaba Paoli, el cual, en la noche del 12 al 13 de junio, se embarcó en Porto-Vecchio en un buque inglés, en el cual logró llegar felizmente á Lóndres. Hacia veinte años que vivia allí, disfrutando de los placeres que le proporcionaba la rica pension que recibia, cuando en 12 de junio de 1789 llegó á sus manos, procedente de la ciudad francesa de Auxonne, una carta de un jóven corso concebida en los siguientes términos: «Nací cuando pereció la patria: treinta mil franceses vomitados sobre nuestras costas mancharon el trono de nuestra libertad con torrentes de sangre: tal fué el abominable espectáculo que sorprendió mis primeras miradas; el grito del moribundo, el lamento del oprimido, las lágrimas de la desesperacion rodearon mi cuna desde mi nacimiento.» El jóven corso que escribia esta carta se llamaba Napoleón Buonaparte y no tenia entonces mas ambicion que liberar á su patria de la dominacion extranjera, es decir, de la francesa, y llegar á ser, como Paoli, el héroe de la libertad de su pueblo (2).

«Haré á los franceses todo el mal que pueda,» tal fué el juramento que, segun atestigua su condiscípulo Bourrienne, solia murmurar en la academia; y eso que figuraba en el número de aquellos corsos que ningun motivo de queja tenian contra Francia. «Abandonasteis nuestra isla, seguia diciendo

(1) Jobez: *La France sous Louis XV*, tomo VI, págs. 305-341.

(2) Segun opinion general, nació en 15 de agosto del año 1769. El citado párrafo de la carta es una prueba de que probablemente no vino al mundo en 1769 sino en 1768, al comenzar el año que vomitó los 30,000 franceses sobre Córcega. T. Jung (en su obra: *Buonaparte et son temps, 1769-1799. D'après les documents inédits*, Paris, 1880, tomo I, pág. 39) ha aducido una porcion de argumentos en demostracion de que Napoleón nació en 7 de enero de 1768, en Corte, y de que su fe de bautismo, que evidentemente es de esta fecha, fué cambiada por la de su hermano José (15 de agosto de 1769) para que Napoleón pudiese entrar en una escuela militar francesa, en la cual no podían ingresar los que tenian diez años cumplidos. Es un hecho sorprendente que los Buonapartes, cuando fueron poder, hicieran desaparecer en Marsella, Ajaccio, Bastia y Corte todos los papeles que á ellos se referian; que de los libros de nacimientos de las iglesias de Ajaccio faltan algunas hojas, y que la comision encargada de publicar la *Correspondencia de Napoleón I*, nada dijera acerca de la época corsa de la vida del emperador: para ella la vida de Napoleón comienza en Tolon. En la fe de bautismo que con motivo de su casamiento presentó Napoleón en 9 de marzo de 1795 al funcionario del segundo distrito municipal del canton de Paris, estaba escrita con letras, como fecha de su nacimiento, la de 5 de febrero de 1768. Véase la copia de la partida matrimonial en Jung, III, pág. 124.

en su carta á Paoli, y con vos se extinguió toda esperanza de felicidad. La esclavitud fué el premio de nuestra sumision: oprimidos por la triple cadena de los soldados, de los legistas y de los recaudadores de contribuciones, nuestros compatriotas se vieron despreciados (1).» Precisamente la familia de los Buonaparte no se veía ni despreciada ni esclavizada, sino que era objeto por parte de los franceses de toda clase de favores, distinciones y beneficios. En un memorial de agravios que los corsos presentaron en 1748 contra Génova, en Aquisgran, se formulaban con indignacion quejas fundadas en los malos tratamientos que la nobleza indígena recibia de los genoveses y en el injusto desprecio de que era objeto, como si sus individuos fuesen gente plebeya; pero la Francia



Leonardo Bourdon

se portó de muy distinto modo, pues procuró por medio de favores y atenciones reconciliar con su soberanía á los notables de la isla, y entre los nobles que despues de la derrota de Paoli hicieron las paces con el vencedor, Carlos Buonaparte gozaba de todas las ventajas que en tales casos suelen concederse al mas infatigable solicitante y al mas exigente huésped. Los patriotas que estaban en el destierro solian insultar y maldecir á los apóstatas, á los traidores que, á pesar de sus cadenas vivian fastuosamente. Carlos Buonaparte, casado con Leticia Ramolino, tenia tantos hijos y tantas deudas, que despues de haber luchado por atender á las necesidades de los suyos, creyó que el martirio personal que habia sufrido era suficiente y no quiso sufrir el martirio político.

En 15 de diciembre del año 1778 emprendió con sus dos hijos mayores, José y Napoleon, un viaje á Marsella, dirigiéndose desde allí á Autun, á donde llegó en la noche del 1.º de enero de 1779. José se quedó en el colegio de esta poblacion hasta el año 1785; Napoleon solo permaneció en él tres meses, despues de los cuales entró en la academia militar de Brienne, en la cual obtuvo una beca real. Lo primero que tuvieron que hacer los dos hermanos fué aprender el francés, de cuyo idioma no conocian hasta entonces ni una

(1) Jung, I, págs. 195-197, inserta toda la carta.

palabra. Lo mismo en Brienne que en Autun mostró Napoleon una inteligencia despejada y una impaciente aficion á las matemáticas sobre todo. En el certificado de sus exámenes de 1783, se le presentaba como alumno modelo y al final se decia: «Será un distinguido marino y merece entrar en la escuela de Paris (2).»

Con fecha 22 de octubre firmó el rey Luis para *Napoleon Buonaparte* el decreto en virtud del cual se le concedió una plaza de cadete noble en la compañía de *cadets gentils-hommes* de la real academia militar de Paris, en la cual se educó para artillero. El día 2 de setiembre de 1785 fué nombrado segundo teniente del regimiento de artillería de la Frère, que se encontraba en Valence. De suerte que en poco tiempo hizo rápidos progresos; pero su alma se sentia de continuo oprimida: el corso seguia siendo un extranjero entre los franceses y en su interior sentia el martirio de la nostalgia, aumentado por la pena que su pobreza le causaba y por el disgusto que la uniformidad del servicio le producía. Este estado de ánimo llegó algunas veces á inspirarle ideas de suicidio, hasta el punto de escribir en 1785 las siguientes reflexiones (3): «Siempre solo en medio de los hombres, me reconcentro para soñar conmigo mismo y abandonarme á toda la fuerza de mi hipocondría. ¿Adónde se dirige hoy esta? A la muerte. Habiendo llegado apenas á los albores de mi existencia, no puedo esperar una larga vida. Hace seis ó siete años que estoy lejos de mi patria. ¡Qué placer sentiria si dentro de cuatro meses me fuera dado volver á ver á mis paisanos y á mis padres! Recordando las seductoras impresiones que en mí han dejado los placeres de mi niñez, ¿podré creer en mi felicidad completa? ¿Y qué furor es este que me impulsa á querer la muerte? ¿Qué he de hacer en el mundo? Un día ú otro he de morir, ¿por qué, pues, no puedo quitarme yo mismo la vida? Si tuviera mas de sesenta años podria despreciar las preocupaciones de mis contemporáneos y esperar con paciencia á que la naturaleza hiciera su camino: pero ahora que solo empiezo á probar la desdicha, que nada me alegra, ¿por qué he de sufrir una vida que para mí no tiene flor alguna? ¡Cuán se han apartado los hombres de la naturaleza! ¡Cuán astutos, hipócritas y rastreros se han vuelto! ¿Qué espectáculo me espera en mi patria? Mis paisanos, cargados de cadenas, estrechan la mano que los oprime. Ya no son aquellos valientes corsos á quienes un héroe daba vida con sus virtudes; ya no son los enemigos de los tiranos, del lujo y de los bajos cortesanos. Orgullosos y poseidos del noble sentimiento de su valor, el corso pasaba una vida feliz: despues de haber consagrado el día al Estado, reposaba durante la noche en los brazos de su amada esposa. La razon y el entusiasmo destruian todos los dolores durante el día sufridos: el amor y la naturaleza hacian su noche igual á la noche de los dioses. Pero estos dias felices desaparecieron como ensueños con su libertad. Franceses, no sólo nos habeis robado todo cuanto amábamos, sino que además habeis envenenado nuestras costumbres. El cuadro que ahora ofrece mi patria y mi impotencia para auxiliarla son nuevos motivos para huir de una tierra en que mi deber me obliga á alabar á hombres á quienes la virtud me manda odiar. ¿Qué cara pondré cuando vuelva á mi patria, qué lenguaje tendré que hablar? Cuando la patria no existe, los buenos ciudadanos deben morir. Si no tuviera mas que matar á un hombre para libertar á mis paisanos, inmediatamente me prepararia y se-pultaria mi espada en el corazon del tirano para vengar á mi patria y á las leyes violadas. La vida es para mí una carga,

(2) Jung, I, pág. 93.

(3) Publicadas por vez primera por Libri: *Souvenirs de la jeunesse de Napoleon*, en la *Revue des deux mondes*, 1842, XXIX, páginas 801-802.

porque toda alegría huye de mí y todo para mí se convierte en martirio; es una carga, porque los hombres con quienes vivo, y probablemente tendré que vivir siempre, tienen unas costumbres tan distintas de las mías como distinta es de la luz del sol la luz de la luna. De suerte que no puedo vivir de la única manera que la vida me seria soportable y de aquí el hastío que todo me causa.»

El remedio mas eficaz que empleó Napoleon para alejar de sí estas ideas fué el estudio de la historia de Córcega, los ensueños de la magnificencia de sus tiempos heróicos; y una elocuente narracion de lo que Córcega habia sido en otro tiempo le pareció la menor prueba de amor que á su patria debia quien no podia ofrecerle otros servicios por ser teniente de artillería en los ejércitos reales franceses. Teniendo á la vista una obra de Boswell, comenzó á escribir, en abril de 1786, en el lenguaje apasionado de Rousseau, las primeras páginas de su libro, enviando los dos primeros capítulos de su trabajo nada menos que al famoso escritor abate Raynal para que le diera sobre ellos su parecer (1). Su alma no pensaba mas que en Córcega; como corso, únicamente como corso, pensaba y sentia cuando en 1789 apareció ante sus ojos el espectáculo de la nueva Francia. Para la Francia no tuvo entonces ni una mirada ni un sentimiento; la ruina de toda autoridad y de todo poder del Estado, el triunfo de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad abrian á sus ojos nuevos horizontes; pero por encima de todas cuantas innovaciones podian introducirse se sentia dominado su corazon por la nueva Córcega y por su libertad. Movido por estas ideas, escribió á Paoli aquella notable carta (12 de junio de 1789) de la que tambien hemos copiado algunos párrafos, en la cual le daba cuenta de la obra que estaba escribiendo. «Quiero comparar vuestro gobierno con el actual... Con el pincel de la infamia quiero ennegrecer á los que han hecho traicion á la causa comun... Quiero hacer comparecer ante el tribunal de la opinion pública á los que gobiernan; quiero desmenuzar sus persecuciones, descubrir sus sombrías intrigas, y, á ser posible, hacer que el virtuoso ministro (Necker) que gobierna el Estado, se compadezca de la triste suerte que tan cruelmente nos aflige.»

No como oficial sino como patriota corso reconocia que tenia deberes ineludibles que cumplir cuando en setiembre marchó á Ajaccio en uso de licencia por seis meses (2); y apenas hubo llegado allí, trabajó arduosamente en la creacion de un club de *paolistas*. Lo que estos entendian bajo el nombre de libertad era simplemente la separacion de Francia. Sus motines contra los funcionarios franceses hubieran tenido bajo este punto de vista una explicacion clara, aun cuando todos los empleados reales no hubiesen sido, en Francia, proscritos en nombre de la libertad. Las manifestaciones de estos patriotas nada dejaban que desear en punto á claridad: el teniente Buonaparte, sobre todo, empleaba en sus discursos y en sus cartas un lenguaje inaudito. Un ataque, como el de la Bastilla, dirigido contra la ciudadela que dominaba á Ajaccio, un gobierno provisional en forma de comité central, formado por veintitres individuos y protegido por una guardia de buenos corsos á sueldo, tal era el programa de Buonaparte y de sus amigos. Cuando para realizarlo se encontró con la resistencia de los funcionarios, se resolvió á enviar una carta, por él mismo escrita, á los «señores de la Asamblea nacional,» carta en la cual se formulaban, en tono altanero, quejas contra supuestas violencias (3). Cuán poco comprendió la Asamblea nacional los verdaderos impulsos

(1) Jung, I, pág. 162.

(2) Jung, I, págs. 204-205.

(3) Inserta con todas las firmas, al frente de las cuales figura la de Buonaparte, oficial de artillería, en Jung, I, págs. 221-226.

que al corso movian lo demuestra el hecho de haber acordado rápidamente en 30 de noviembre de 1789 dar á la Córcega el carácter de provincia francesa y permitir que regresaran libremente á ella todos los que habian sido desterrados por haber defendido la libertad, como si fueran estos los apoyos mas firmes de la anexion de la isla á Francia. El acuerdo del 30 de noviembre entregó la isla por completo á los paolistas. Cuando en el verano de 1790 regresó Paoli, pasando por Paris, el club de los patriotas de Ajaccio envió á Marsella para recibirle una diputacion compuesta de cuatro individuos, uno de los cuales era José Buonaparte. Entretanto Napoleon, con sus compañeros de club, intentó, durante la noche del 24 al 25, dar un golpe de mano sobre la ciudadela (4), y habiendo este fracasado, escribió para su cómplice el consejo municipal un manifiesto justificativo (28 de junio de 1790) que terminaba con estas enérgicas palabras: «Nosotros, á quienes se llama precursores de la libertad, ¿hemos de dejar que impunemente nos hagan traicion aquellos que entre nosotros viven, aquellas almas serviles que fueron las primeras en arrojarse en brazos de los franceses, cuando esta ilustre nacion podia á lo sumo tendernos un eslabon de la cadena

Facsimile de la firma de Buonaparte, teniente coronel

con que ella misma estaba aprisionada? No, no: temblad, el momento en que su complot sea descubierto se aproxima: su castigo sea la base del renacimiento de nuestra desdichada patria (5).»

La salutación que el consejo municipal de Ajaccio dirigió á Paoli, al desembarcar este en Bastia, el día 17 de julio de 1790, fué leída por su mismo autor, el teniente Napoleon Buonaparte. Este, sin embargo, no consiguió hasta 1792 alcanzar cierta posicion elevada, posicion que luego obtuvo en circunstancias que, en apariencia, debian mantenerle para siempre separado de Francia.

Por un decreto de armamento, la Asamblea nacional ordenó que en el plazo comprendido desde el 25 de diciembre de 1791 al 10 de enero de 1792, todas las tropas del ejército francés pasaran revista en las plazas en que se encontraban sus respectivos regimientos, añadiendo á esta disposicion la siguiente amenaza: «El oficial que el día de esta revista, para evadir la cual no sirve licencia alguna, no esté en su cuerpo ó en su puesto, perderá su empleo por el simple hecho de su ausencia, sin que pueda tener, sean cuales fueren sus años de servicio, derecho á pension alguna.» Napoleon no se encontró en su regimiento el día de esta revista, sino que se quedó en Ajaccio, y escribió al comisario de guerra de Corte el 17 de febrero de 1792 una carta en que le decia: «Circunstancias imprevistas me han obligado á permanecer en Córcega mas tiempo de lo que permiten los deberes de mi servicio: lo siento y sin embargo nada tengo que echarme en cara; obligaciones mayores y mas sagradas me justifican.» El día 29 escribia mas desembozadamente: «En tan difíciles circunstancias el puesto de honor de todo buen corso es su propia patria (6).» Entonces precisamente se habia creado aquella

(4) Jung, I, pág. 265.

(5) Jung, I, pág. 271.

(6) Jung, II, págs. 119-121.